



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS ESCRITORES
FLORENCIO MORENO GODINO



El escribe mucho
y es notable todo,
y por eso es célebre
Floro Moro Godo.

SUMARIO

TRATA. De todo un poco, por Luis Taboada.—Indignación, por Eduardo Buscillo.—Fábulas, por José Estremera.—Palique, por Clarín.—Cantares, por Eduardo de Palacio.—El clima de Madrid, por Sinesio Delgado.—El que está en todas partes, por Manuel Ossorio y Bernard.—A una sevillana, por Ricardo J. Catarinen.—Capricho, por Angel Blanc.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Florencio Moreno Godino, por Pellicer.—Al aire libre.—(Cilla), por Cilla.



Durante la semana ha habido una porción de banquetes, unos políticos, otros taurómáquicos, y otros sin carácter conocido; pero en todos ellos han reinado la fraternidad y el júbilo.

Ha habido hombre que comió el lunes como fusionista, el miércoles como taurófilo, y el jueves como primo carnal de un diputado electo; de modo que se ha pasado parte de la semana digiriendo por cuenta ajena, no sin decir antes a la familia:

—Hoy no pongáis principio, porque como fuera. Podéis guisar unas patatas con mucho caldo, para que se llenen los niños, y si puedo, yo os traeré un poco de jamón en dulce, ó lo que caiga.

Algunas personas tienen una nariz superior y huelen desde cien leguas los banquetes. Ello es que conocen todas las fondas de Madrid, sin haber desembolsado un solo real, y llevan la cuenta de los lenguados que se han comido gratis en este mundo.

—¡Caramba!—dicen a lo mejor.—Nunca podré olvidar un guisado de conejo que comimos en Julio del año pasado, para celebrar la inauguración de *El Delirio*.

—¿Y eso qué es?

—Un merendero que ha fundado en la Fuente de la Teja la viuda de un mono sabio. ¡Qué banquete aquel! Asistieron varios concejales y seis ó siete periodistas de los mejores. Al final se repartieron entre los convidados cacahuets y piñones tostados, con destino á las familias de cada uno.

—Usted es de los que figuran en todos los banquetes.

—Sí, señor. Desde el 88 acá llevo cincuenta y siete almuerzos y noventa y nueve comidas, sin haber tenido una mala indigestión.

—No deja de ser una suerte.

—Y eso que no me privo de nada. En el último banquete de los viudos jóvenes, me comí yo solo cinco libras de merluza frita y medio queso de bola. Cuando llegué á casa, metí el dedo en la boca para enterarme, y tropezaba con la merluza.

Hay quien tiene la suerte de que le conviden, y hay quien no ha podido todavía sentarse de balde en ninguna mesa.

Conozco un sujeto muy infeliz que tiene el capricho de probar el pavo á la galantina, y aún no ha conseguido su deseo.

En cierta ocasión fué convidado á comer en Fornos por un su amigo que había inventado una máquina para fregar la loza, y quería darla á conocer.

—Ya sabes—le dijo el inventor,—voy á dar un banquete á la prensa y quiero que nos acompañes.

—¿Habrá pavo á la galantina?—preguntó el otro tímidamente.

—Mandaré que lo pongan.

—Gracias, amigo mío.

Y el pobre entró en su casa diciendo con alegría:

—Mañana como en la fonda.

—¿Tú?—preguntó su mujer.

—Yo mismo.

—¿Será posible?

—Me ha convidado Pepe, el de la máquina de fregar....

Anda, repárame los botones de la levita y á ver si puedes quitarle al pantalón negro aquellas manchas de abajo. ¿Tengo camisa planchada?

—Sí.

—¡Gracias á Dios que voy á saber lo que es un banquete!

Y D. Ulpiano—porque se llama Ulpiano—pasó la noche conmovido y dando vueltas en la cama.

—¿Qué tienes, hombre?—le decía su esposa.—Echa para allá esos pies, que los tienes como la nieve.

—Es que estoy escalofriado y nervioso. ¡Como no tengo costumbre de comer fuera de casa! Ya veré de traerte un poco de pavo. ¡Caramba! Tengo así como escozor en la boca del estómago; ahora sólo falta que me ponga enfermo y no pueda asistir al banquete. ¿Hay agua sobre la mesa de noche? Dame el vaso. ¿Pero esto es agua? Sabe á alcanfor. Ya veo que no tengo bien el estómago.

Después de muchas vueltas, D. Ulpiano se quedó dormido y comenzó á soñar que le ponían un embudo en la boca y le iban echando tintura de arnica y engrudo. Desde el techo le frotaban el estómago con un cepillo, pendiente de un clavo, y por último, le metían la cabeza en un barreño lleno de gelatina.

Cuando abrió los ojos al día siguiente, pudo ver con asombro que había metido la cabeza en el cajón de la mesa de noche y que tenía los pies encima de los hierros de la cama.

—¿Qué sueño más espantoso!—dijo él, y se lanzó al suelo para vestirse y marchar corriendo á la oficina. Almorzó poco y de prisa, abrazó á su esposa y bajó las escaleras precipitadamente.

—Cuando vuelva, quiero que esté la ropa lista—gritó desde abajo.—Supongo que el banquete será á las seis.... Abur, Manuela.

Aquel día no hizo nada á derechas, y el jefe tuvo que reconvenirle más de una vez porque había volcado el tintero sobre un expediente y había escrito munificencia con g y había pedido un vaso de agua para echárselo encima á un escribiente tercero, recién salido de una fiebre gástrica.

D. Ulpiano llegó á su domicilio á las cinco y media; pidió la ropa, se vistió precipitadamente y dijo á su mujer:

—Vaya, abur. Siento mucho que comas sola, pero es inevitable. Lo único que deseo es que me guardes un poco de tocino, porque ya sabes que sin él no puedo pasar, y no creo que en Fornos pongan cocido. ¡Tengo un hambre! Como apenas he almorzado, siento un vacío en el estómago que me está matando. Pero voy á desquitarme.... Abur, Manuela.

Y bajó las escaleras de cuatro en cuatro.

Al llegar al café de Fornos, preguntó á un camarero:

—¿Por dónde se entra al *restaurant*?

—Por allí—contestó el aludido poniéndole en franquía.

D. Ulpiano penetró nervioso y conmovido en aquel templo de la gastronomía. Su corazón pugnaba por saltarse del pecho, como dice un novelista de Corcubión que se presenta diputado en segundas elecciones.

—¿Ha venido D. José Calvete?—preguntó nuestro hombre á uno de los mozos del *restaurant*.

—No le conozco—dijo el camarero.

—Sí, hombre—añadió D. Ulpiano;—es un señor rebajuelo, con bigote, que tiene los ojos un poco torcidos y está casado en segundas nupcias con una catalana. Va á dar un banquete á la prensa porque ha inventado una máquina....

—¿Dice usted que se llama D. José?

—Sí, D. José Calvete y Mirlo.

—¿Y que ha inventado una máquina?

—Exactamente.

—¿Y que es bisco?

—¡Hombre! ¡Tanto como bisco!....

—Bueno; pues ese....

—¿Qué?—preguntó D. Ulpiano con emoción mal disimulada.

—Que ha estado aquí esta tarde almorzando con unos caballeros.

D. Ulpiano se puso lívido y dejó caer los brazos con desaliento.

Había confundido las horas, y veía perderse en el abismo de su desesperación el pavo á la galantina.

¡Pobre D. Ulpiano!

LUIS TABOADA.

INDIGNACIÓN

Fabio: pero ¿qué digo?

¡A qué llamarte Fabio, Pepe amigo, si para ser discreto y justo y sabio, no necesitas tú llamarte Fabio?....

Pepe serás aunque indignado increpe

en mí sencilla epístola rimada

á los que tachas por indignos, Pepe.

¡Alzarse la verdad severa y pura

del enlodado arroyo

donde hoy todo perdido se asegura

y toda indignidad tiene su apoyo!

¡Cómo la santa indignación consuela!
Y aquí de hombres honrados
tendríamos al fin pública escuela,
si los maestros más acreditados
no dieran, por corteses,
en igualar á indignos é indignados.

Dichoso tú que, entre doradas mieses,
en el hogar paterno
puedes vivir en paz en el estío,
y escuchas, olvidado de este infierno,
cantar al ave y murmurar al río.

¿Por qué renuncias hoy á los amores
de la madre inmortal naturaleza,
y vienes á sufrir estos horrores
pudiendo allí gozar tanta grandeza?

¿Te indignas de verdad? ¿Sólo te riges
por tu conciencia honrada?

¿Con el que llega á herirla no transiges?

Pues torna para siempre á tu olvidada
vivienda campesina.

Aquí hay que transigir: de los maestros
de más alta moral es la doctrina:
el adusto Catón sufre hoy secuestros
de la social cortés indiferencia,
y saluda correcto, fino, amable,
como al mayor dechado de inocencia,
al rufián más perdido y miserable.

¿A tan santa igualdad vas á oponerte!
¡Hombre que paga el industrial subsidio
ha de sufrir la suerte

de aquel pobre ladrón que está en presidio!

Ladrón le llaman muchos indignados
de la flamante escuela,
que luego se darán por bien honrados
al pasear con él en carretela.

¡Oh, frac, bendito frac! ¡Yo te saludo!
Dan elegancia al crimen tus faldones,
y al lado de tu cuello, el blanco nudo
presta gran distinción á los ladrones.

¡Saluda, Pepe!... ¿Ves? Aquel que pasa
duro tachó la infame cobardía,
y al cobarde después honra en su casa
y allí, lo que era infamia, es bizarría.

Esa es la indignación que está hoy en uso;
la buena sociedad es de benignos,
y yo de que te indignes no te acuso
si eres, Pepe, cortés con los indignos.

¿Que no transiges? ¿Que predico en vano?
Pues abandona el suelo cortésano
y torna pronto á tus doradas mieses
y al santo hogar paterno;
pasa del año allí los doce meses;
que aun en el triste invierno
sentirás en el alma menos frío
junto á la madre del amor eterno
que canta al ave y que fecunda el río.

EDUARDO BUSTILLO.

FÁBULAS

LA MARIPOSA Y LA HORMIGA.

—Yo soy la mariposa,
y voy de flor en flor.

—Yo soy la pobre hormiga,
y por la tierra voy.

—Dichosa es mi existencia
al trascurrir veloz.

—Mi vida miserable
no puede ser peor.

—¿No hay flores en el mundo?

—¡Las flores! ¡Buenas son!

—¿No aspiras sus aromas?

—¿No admiras su color?

—Sólo su tallo veo,

y temo el aguijón

de las espinas duras

que esgrime alrededor.

—Míralas por encima,

verás qué bellas son.

—Es que tú tienes alas

y no las tengo yo.

EL INCIENSO

Una vieja de rostro cadavérico,
que pensó recobrar su lozanía
si un santo muy famoso conseguía
aliviarle los flatos y el histérico,
le dijo al sacristán del santuario,
dándole la propina conveniente,
que había de agitar constantemente
ante el santo bendito el incensario.
Pero la vieja al santo dijo un día:

—¡Ay, santo de mi alma, que ahora pienso
que pudiera atufaros el incienso,
cosa que muy de veras sentiría!

En vez de ahumaros tanto,
desde hoy haré por vos otra obra pía.

A lo cual dijo el santo:

—¡Atufar el incienso! No, hija mía.

JOSÉ ESTREMEÑA.

PALIQUE

Se ha publicado el primer número de *La Reforma* (no diré que no le hago propaganda), de cuyo prospecto tuve hace algunos días el honor de hablar á ustedes.

La Reforma viene con grandes pujos de novedad, y por eso llamo la atención. En literatura, que es lo que aquí importa, sigue en sus trece de reformarlo todo ó poco ha de poder; y comienza por donde debe, por su casa, corrigiendo malos vocablos sobre los que tuvo el gusto de llamarle la atención en otro palique. Así, así se hace; *La Reforma*, mediante la letra bastardilla, viene á reconocer que no se puede confundir el universo con la tierra al decir pedante por pedantesco. Lo que ya no está bien es aceptar las lecciones y darle palmetazos al maestro. Si reconoce sus errores, ¿por qué me llama *La Reforma* sabihondo? ¡Oh, y si siquiera me llamara sabihondo! Pero me llama sabihondo, así, sin h... en el hueso. Sin duda creyó que sabihondo estaba en el caso de aquel famoso *Ortografía* que se escribía sin h. Yo espero que para el próximo número *La Reforma*, siguiendo con su prurito de reformarlo todo, reformará su ortografía.

¡Ah! y la sintaxis también. Pues, aunque yo no he leído todo el número 1.º de *La Reforma* y no sé los gazapos que puede haber por aquellos cotos de tinta, mirando las advertencias del principio me encuentro con esto: «Anunciamos que aquellas personas que sufren un atropello de algún funcionario público, ó no le hagan justicia los tribunales ordinarios, se dirijan á esta redacción en queja para hacerla pública.»

Lo primero que está mal es el sufrir, y si no, preguntelo *La Reforma* á quien lo entienda; pero mucho peor está el no le concertando con personas; y aunque supongamos que se quiso decir *les* y no *le*, todavía está muy mal porque... «las personas que... no les hagan justicia los tribunales» no es castellano; no se construye así en nuestro idioma, á no ser que lo reformemos, Y además «anunciamos... que se dirijan» no tiene sentido.

Para reformar la literatura y venir á reemplazar á Balart y á Revilla, que es por lo visto lo que se propone *La Reforma*, en vista de que, según ella, Valera no hace más que divagar (y los demás que los parta un rayo), para ese viaje, digo, se necesitan alforjas llenas de gramática y otras cosas.

Pero dejando esto, ¿cree de buena fe *La Reforma* que la literatura se reforma y que la crítica se endereza porque un periódico escrito no se sabe por quién, y con el principal propósito de hablar mal de Sagasta, prometa ser imparcial y tratar de todo cuanto se publique en el *Universo*? ¡Cree que la crítica seria, verdadera, se puede anunciar así, como se anuncia que se pedirán economías en la marina, y como se promete que se estudiará el presupuesto de Fomento y la renovación de los tratados y los semáforos!

¿Quiénes son ustedes? ¿Qué música traen ustedes? Sepamos. ¿O es que anónimos tenemos? Mucho más que todos esos programas de imparcialidad, de seriedad, y de dictámenes críticos fundados en derecho, valdría una firma que valiera dos cuartos en la plaza. Veaga un nombre (después de una sintaxis, por supuesto) y hablaremos.

Como empresa que se anuncia al público y se recomienda, *La Reforma* debiera dejarse de todos esos lugares comunes de justicia de Eneer, y ofrecer que tendrá encargada de la sección literaria á alguna persona competente, don Fulano, á quien pagará á toca teja y no de modo mezquino. Eso, eso era lo mejor que podía decir, si lo había de hacer, en pro de las letras.

Y lo único que hace es faltar ya á lo mismo que promete. Falta porque maltrata á la literatura en su primogénita la gramática; falta porque no es justa, no es imparcial, cuando dice, porque le han escocido los alfilerazos, que no escribiendo ya Revilla ni Balart, ya no hay aquí crítica que merezca tal nombre. Si hay crítica, Sr. Cassola; aparte de que la crítica satírica también lo es, y para espantajo de necios es la mejor, otras críticas no satíricas, y algunas de éstas, en lugar oportuno, en libros y revistas tratan de las obras y de las personalidades literarias serias con toda formalidad y con el detenimiento debido. Si algo lee el encargado de esa sección literaria de *La Reforma*, convencido debe estar de lo que digo.

Pero ¡claro!... á la primera prueba cayó en la trampa. Se le dice «esto no es castellano» y echa á rodar la imparcialidad y grita como tantos otros: ¡Abajo la sátira! ¡Abajo los pedantes! ¡Abajo la benemérita!

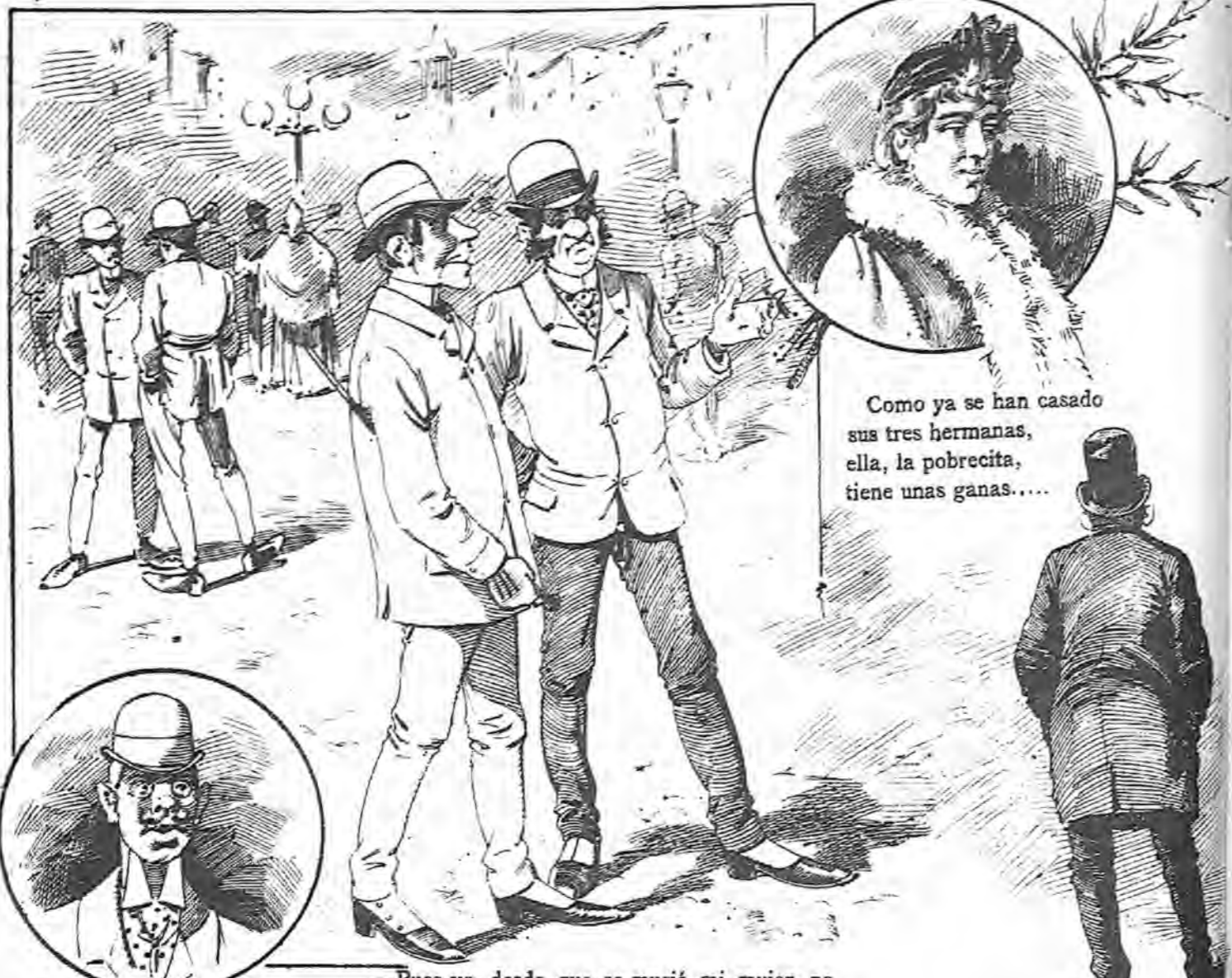
Todavía es tiempo de enmendarse. Un poco de buena fe, otro poco de modestia, y acaso acaso *La Reforma* pueda influir un poquito, muy poco, pero algo, en el mejoramiento de la raza gacetillera. Y crea que sólo con esto habrá cumplido su misión en la tierra, ó en el Universo, como quiera el Sr. Cassola que se diga.

D. Santiago Estrada es un escritor de Buenos Aires, que ha venido á España á publicar siete tomos de literatura. Me ha explicado mal: no quería decir que ha venido á eso solo, sino que, viniera á lo que viniera, ello es que en el establecimiento tipográfico de los Sucesores de Ramírez (Heinrich), de Barcelona, acaba de imprimir este Sr. Estrada una larguísima edición de sus obras, supongo que completas. Son siete tomos abultados, en octavo mayor, me parece, en fin, como las novelas de D.ª Emilia, que tanto le gustan á Valera y á mí tan poco. De estos siete tomos, todos de mucha lectura, unos se titulan *Misceláneas*, otros *Trájes* y otros *Biografías* y otros *Discursos*. Es mucho lo que ha escrito el Sr. Estrada. En cuanto á la ocurrencia de venir á publicar todo eso á España, no hay más que decir sino que Dios se lo pague.

Todo lo que tienda á estrechar los lazos de América y nuestra patria, si se prescinde para ello de Pando y Valle, merece mis plácemes, etc., etc. En fin, me remito al Sr. Valera, que sabe decir estas cosas bien, y sin parecerse á los reclamos de Caffete, Barrantes y otros académicos.

En el primer tomo de *Misceláneas*, es el ejemplar que el Sr. Estrada me regala y yo le agradezco, viene pegada una carta suya en que, á vuelta de elogios tan metafóricos como inmerecidos, el modestísimo y simpático es-

AL AIRE LIBRE



Como ya se han casado sus tres hermanas, ella, la pobrecita, tiene unas ganas.....

Lleva diez años completos sin abandonar la acera. Cuando este chico se muera, ¿qué va a ser de Recoletos?

—Pues yo, desde que se murió mi mujer, no hago más que dar paseos largos por las afueras.
—¿Buscando la soledad?
—Buscando a la Irene, que es de lo más bonito de la fábrica.

—¡ Si supiera mi tío el sochar dónde voy yo ahora!



—El de las cuatro pesetas por un lado, y el de los dos duros por otro..... ¿Por qué no se hundirá la tierra ahora mismo?



—Ya vuelven a crecer las hojas de los árboles..... ¡Ay! No tardará en retoñar el divo de la espalda.



—A ti te mira con el ojo derecho y a mí con el izquierdo.
—Como que es bizco el pobre.
—Pues que no haga el oso hasta que se alivie de la vista.

critos honestos (que cito que así se dice, aunque suena bastante mal) supone que yo no hablaré de sus obras al público.

Pues mal supuesto, señor mío. No hay más que hojear sus libros de usted para comprender que se trata de un literato correcto, ilustrado, de un polígrafo, ó por lo menos de un *manuscógrafo*, que ama de veras el arte, la actividad intelectual toda, y que emplea los bienes de que le dotó la fortuna en beneficio de la cultura universal.

Sí, señor, que hablaré de usted y de sus libros. Pero no es puñalada de pícaro; ni se leen siete tomos tan gordos y tan anchos en cuatro días. Hablaré probablemente en una revista grande, en *La España Moderna*, v. gr., donde todos los meses puede verme *La Reforma* tan serio como un colchón. Verdad es que allí, al respecto de esa seriedad, no me permito hablar de *Reformas* y cosas así, al punto de que no las escribe ningún Aristóteles. *Pinto el caso: ¿quién no sabe aquí darse tono?*

CLARÍN.

CANTARES

Te llaman *mezzo soprano*,
como pudieran ponerte
cualquier otro mote extraño,

¡Otro chico que debuta
como escritor de revistas!
Le pone un sordo la música.

Va ha escrito otro libro,
por supuesto mal;
los que conocen el francés, prefieren
el original.

Dicen que te han contratado
y vas á Montevideo:
lamentaré que naufragues,
por la artista que perdemos.

Zarzuela grande en Martín,
y en Jovellanos secciones.
¡Ayúdeme usted á sentir!

Murieron en poco tiempo
cinco ó seis buenos actores,
pero aún nos quedan algunos,
sin contar los que hay en Cortés.

Otra revista nueva;

en ésta creo que salen
aves, plantas, pecos, fieras.

Me ha salido una vezina
que escribe para el teatro
una cosa un poco china.

En los días de mi vida
he visto éxitos más grandes
que en las obras dialogadas
por Bussato y por Bonardi.

Hay muchachos que prosperan,
que se han echado á escritores
desde el reparto de entregas.

Penas tiene el Arte,
penas tengo yo;
y las del Arte no tienen remedio,
que hay mucho *pendón*.

No creas que es envidia
cuando te miro
y sin querer murmuro:
—¡Vaya un borrico!
Es que te espanto,
repitiéndote á voces:
—¡Sol! ¡Literato!
EDUARDO DE PALACIO.

EL CLIMA DE MADRID

Va de cuento. Pues señor,
yo no sé dónde he leído
que, cuando el sumo Hacedor
dió el mundo por concluido,
se dijo:—Puesto que quiero
darle placer y ventura,
procuraré, lo primero,
graduar la temperatura,
porque pueden hacer daño
las rápidas variaciones.
Lo mejor será que el año
se divida en estaciones.

Vió que la idea era buena,
y ordenó el alza y la baja
lo mismo que quien ordena
los palos de una baraja;
y desde fecha remota
se hace el cambio suavemente,
de modo que, aunque se nota,
el mundo no se resiente.

Ya se deja comprender
que, por razón de lugar,
cada pueblo ha de tener
su clima particular.

Y por eso, el mismo día
en que se funda una aldea,
el sumo Hacedor la envía
su clima, sea el que sea.

Y con esto se acabó
el prólogo. Coaque oíd
lo que dicen que pasó
cuando se fundó Madrid.

Previendo Dios lo que habría
en estos yerros baldíos,
arregló día por día
llovias, calores y fríos.

Y al ver alzarse el copete
de la primera cabaña,
dijo á un querube:—¡Chist! Vete
á la tierra.

—¡Sitio!

—España.

Y al momento que llegares,
este clima dejarás
entre el río Manzanares
y el cerrillo de San Blas.

Obedeciendo el querube,
cogió el clima y se echó abajo;
pero al cruzar una nube
parece que se distrajo,
y entró si torna ó si baja
con un ángel que venía,
se le cayó la baraja
y no le quedó ni un día.

Pudo, es claro, recoger
los naipes desperdigados;
¡pero vaya usted á saber
cómo estaban ordenados!
—¡A qué molestarlos? (dijo)
Que caigan como les cuadre.
Y se volvió con Dios hijo,
á la diestra de Dios padre.

Por eso Madrid no tiene
las estaciones marcadas,
y en la primavera viene
una rachita de heladas.

y á las dos horas de frío
surge un calor pistonudo,
y trae un día de estío
la noche de invierno crudo.

Se tapa usted con la capa
y se abraza el firmamento,

y en cuanto usted se desatape
se le huela á usted el aliento.

(Y no hay paciencia que bastel
No hay quien arregle el trastorno,
y se vive en el contraste
de la cantimplora al horno;
dormirse en el Senegal
y despertarse en Siberia....

ó en los témpanos. Lo cual
tiene una ventaja seria.

El consuelo es algo triste,
pero no es un disparate.
¡Que al mortal que lo resiste
no hay centella que lo matel

SINESTO DELGADO.

EL QUE ESTÁ EN TODAS PARTES

Es un ipo que pertenece exclusivamente á la vida moderna y que no se explicaría sin ella. Hombre sin vida privada, nadie puede decir si es rico ó no, si vive de sus rentas ó de sus trampas, si es bueno ó malo. Posible es que la Administración conozca su nombre por haberle extendido una cédula personal, y aun me parece que le he oído nombrar alguna vez: debe llamarse Gutiérrez, ó González, ó Menéndez, ó Fernández, que es como no llamarse nada.

Llamémosle Gutiérrez como los que le saludan, que son muchos, porque está muy bien relacionado, y cuando veamos que alguien se quita el sombrero preguntando:

—¿Quién es?

—Pues.... un tal Gutiérrez—oíremos contestar:—viene siempre á todos los estrenos de este teatro.

—¿Quién es éste?—preguntamos en la sacristía.

—Ignoro su nombre; pero acude sin faltar un día á nuestras novenas y trisagios.

—¿Quién es éste?—preguntamos á un torero que se ha sonreído con él.

—No sé cómo se llama: entre nosotros le llamamos el de la meseta del toril, porque nunca falta á ella.

Decididamente, Gutiérrez es un ser impenetrable, y hasta me inclino á sospechar, ó que tiene el don de la ubicuidad, ó que hay unos cuantos Gutiérrez idénticos, como aquellos tres hombres rojos de una novela de Feval, si no me engaña la memoria, que no suele andar muy bien en esto de las citas. Porque no hay día en que no vea á Gutiérrez, ni fiesta en que Gutiérrez no se encuentre, ni solemnidad á que falte. En el paseo, en la iglesia, en el concierto, en el funeral, en la carrera de caballos, cuando hay carreras, en los saloncillos de los teatros, viendo subir el globo, en las recepciones académicas, presenciando los fuegos artificiales, en las Cuarenta Horas, en los bailes de máscaras, en la Biblioteca, en los Museos, en los repartos de premios, en las aperturas de curso, allí donde por cualquier motivo hay gente, allí está nuestro Gutiérrez, saludando y recibiendo saludos; pero sin que nadie pueda decirme quién es. El que le siga para averiguar dónde habita se llevará probablemente un solemne chasco, pues le verá perderse entre la muchedumbre ó alejarse en un coche de alquiler.

Gutiérrez sólo puede vivir en las grandes capitales: en localidades pequeñas dejaría de ser quien es. Y conste que cuando desaparece Gutiérrez, surge Gómez, ó Pérez, ó Sánchez.

Yo estuve largo tiempo preocupado por averiguar quién era un ejemplar de este tipo que había llegado á ser mi sombra. Un día, hallándose á corta distancia de mí, cayó en tierra como herido por un rayo. Acudieron algunos á levantarlo y pudieron observar que estaba muerto, víctima tal vez de un aneurisma.

—Por fin—dije alejándome—voy á saber por los periódicos quién era ese pobre individuo, que ya no me perseguirá más por todas partes.

Y aquella noche leí *La Correspondencia*, que daba minuciosos detalles de la tragedia, con su correspondiente bombo al celoso juez, que á las tres horas había acudido al lugar del suceso. Pero el periódico noticiero decía terminando su reseña:

«El cadáver no ha podido ser identificado.»

M. OSSORIO Y BERNARD.

A UNA SEVILLANA (1)

Cuando á mi lado pasas,
niña hechicera,
me parece que viene
la primavera.

Cuando tapas tu boca
con la mantilla,
me muerdo por tus labios
y por Sevilla.

Tienen más luz tus ojos
que las mañanas....
¡Mira si sois bonitas
las sevillanas!

Dios habita los cielos,
y de esta suerte,
si á veces haja al mundo
sólo es por verte.

Una fresa es tu boca,
y al que tú besas,
ya todo lo que toca
le sabe á fresas.

Si el río te retrata,
lucero mío,
me parece que un ángel
se asoma al río.

Siempre que por mis sueños
rauda resbalas,
dejas olor de nardos
y ruido de alas.

Nacen rosas en donde
quedan tus huellas,
y si miras al cielo
salen estrellas.

Si no tuviera flores
Andalucía,
sólo porque es tu patria
yo la querría.

¡A quererte de veras
ni tú me ganas!....
¡Mira si sois bonitas
las sevillanas!

RICARDO J. CARRERAS.

(1) Dedico estas coplas al incomparable poeta D. José Estrella, quien escribió conforme mandé desde *Los Madrides* en (que donde hay novenas sevillanas) ¡poco abajo todo e mentó!

CAPRICHOS

Si la bella mariposa,
en tu mano temblorosa,
se tornó polvo sutil,
y sus tintas y hermosura
fuera sólo mancha oscura
en tus dedos de marfil,
cuando suba á tu ventana
la canción tierna y galana
de inspirado trovador,
no oigas, niña, su porfía,
que es su dulce melodía
mariposa del amor.

ANGEL BLANC.



Dice el corresponsal de un periódico, dando cuenta del descubrimiento de un crimen:

«Aquel cadáver era el de la querida del otro cadáver.»
¡Abismémonos en profundas reflexiones!

De modo que si hubieran cogido á la mujer antes de morirse, hubieran tenido que oír las declaraciones.

—¿Qué hizo usted antes de anoche?

—¿Yo? ¡Dormir con el cadáver!

Un anuncio:

«Piano Moreno, padre.»

¡Caramba! ¡Ya sé de quién son hijos los organillos!

Otro anuncio:

«Espléndido piso bajo para alquilar.»

Un cuarto que conviene á cualquiera.

Porque si es espléndido, ¿qué menos puede hacer que pagarse á sí mismo?

Que no me quiere por vago
anda tu madre diciendo:
ya verá cómo me aplico
el día que nos casemos.

Jamás le cuentas á nadie
tus desdichas y tus penas,
que el que está alegre se ríe
y el que está triste se alegra.

JOAQUÍN DEL BARCO.

Por falta absoluta de tiempo no hemos podido asistir á la inauguración del elegantísimo *Círculo Nacional*, que tiene por objeto, según parece, fomentar la afición á las corridas de toros (¿más todavía?), ni á la Exposición artística del Sr. Hernández, en la que figuran trabajos de los más notables pintores españoles, ni, por último, á la primera presentación de *La Esfinge ó Metempsicosis* del doctor Aycard, en el salón del Gran Círculo.

Pero conste que agradecemos las invitaciones.

La otra noche, Laura bella
estaba tan enojada
que me dió una bofetada
y yo.... me quedé con ella.

El diablo son estos revisteros de teatros.

Uno de ellos, al hablar de un estreno, dice muy serio que el público llamó al autor «con bastante unanimidad.»

En vista de lo cual me inclino ¡Dios me perdone! á creer una cosa,
Que el autor del suelto no sabe lo que significa la palabra *unanimidad*.
Aunque también pudiera ser que ignorase lo que quiere decir *bastante*.

D. José Conejo y Soumosiers, propietario del establecimiento de aguas azoadas de la calle de Valverde, ha publicado un folleto que trata los asuntos siguientes: La grippe y las aguas azoadas.—Nuevas conquistas del nitrógeno.—Resumen de las indicaciones de la medicación nitrogenada, por el doctor D. Eloy Bejarano.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. A. de M.—Madrid.—Confieso ingenuamente que no me parece de usted esa composición. Me *sabe* á cosa conocida.

El Rastro.—Eso de la muerte no deja de ser una abundante colección de ripios.

Sr. D. M. V.—Valmaseda.—Pues verá usted: no están mal hechos todos los versos (algunos sí); pero esos finales son del sistema antiguo.

Sr. D. F. G. de M.—Córdoba.—Se ha equivocado usted en lo de las preferencias. ¿Qué más quisiera yo que publicar cosas buenas?... y gratis! De modo que no se necesita más que hacerlo bien, ó por lo menos regularmente. Crea usted ¡ay! que en cuanto abriera un poco la mano, se venía abajo el periódico. Ejemplos hay en la historia. ¡Y los que habrá!

Sardanápalo.—Hablar se escribe con h. Será un vicio, pero así se escribe *Golondrina*.—¡Ay! Da rubor leer esos epigramas.

V.—Madrid.—¿Colecciones? ¡Si las vendemos nosotros!

Sr. D. H. G.—Madrid.—«Era una tarde, y la luz del día
iba perdiéndose en el lejano mar
ya tocan al convento de María
y regresan las barcas de pescar.»

Si en vez de pescar cazasen las barcas, con haberse metido en esa cuartilla, volverían llenas de gazapos.

Un alma sensible.—Que, además de la sensibilidad, tiene gracia para las cartas y no la tiene para los versos.

Un poste.—Bueno que uno sea poste, pero no que lo pruebe haciendo versos dtestables.

D' Mente.—Muy bonita..... para el *Burdel Comico*, que se publicará en breve.

Sr. D. J. B.—Habana.—¡Qué vulgar es eso! ¡Y qué medianamente verificado además!

Camorra.—¡Toma! Pues resulta que tenía yo razón en ambas cosas. De modo que no sé á qué consecuencia alude usted ahora. ¿Es que yo también escribo hueco sin h?

Coreho.—No está mal, pero es demasiado serio. No se dice *obstenta*, sino *ostenta* sencillamente. Usted se ha extralimitado por aquello de *oscuro*.

Félices.—Es difícil concretar, porque los defectos de que adolecen las composiciones de usted están en el ritmo, en las asonancias, en la vulgaridad de los asuntos y en otra porción de cosas pequeñas que deslucen lastimosamente el conjunto.

Ciruelito, El vecino de enfrente y Una pastelería.—Tres pseudónimos distintos, y un solo ciudadano verdadero, que escribe becquerianas pasadas de moda.

Peripuesto.—No es cosa mayor.

Virgilio.—¡Mórbida cintura! Es la primera vez que lo oigo. Además, eso de empezar echando pitopos con comparaciones usuales para venir á parar en que se ha mentido mucho..... la verdad, no tiene novedad ni gracia.

Cebolleta.—La tal composición es mala de remate, y de los epigramas ninguno es nuevo ni bueno.

Galeno.—¿Cómo diré yo para que me entiendan que no puedo admitir artículos?

XXX.—No, como malicia sí tiene, pero ¡esa forma está tan descuidada!

Fabones.—¿Quiere usted creerme? Pues no vuelva usted á echárselas de gracioso en lo que le queda de vida.

Petrarca.—Usted se firma *Petrarca* como á Ronzal, de *La Regenta*, le llamaban *El Estudiante*, por una antonomasia que él no podía comprender.

Sr. D. R. R.—Ponferrada.—Se arreglará lo del libro y le recibirá usted muy pronto.

¡CIELOS!



—¡Y decía que iba á confesarse! ¡Á lo que han llegado los sacerdotes! ¡Á vestirse de paisano para ejercer su sagrado ministerio en la Castellana!

Let. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 26.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A correspondales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores correspondales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

MIGAJAS

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES

DE

D. JOSÉ LÓPEZ SILVA

CON UN PRÓLOGO

DE D. SINESIO DELGADO

Precio, DOS pesetas.

Pueden hacerse los pedidos á la Administración del MADRID CÓMICO, acompañando su importe en libranzas ó sellos.

Los librereros, correspondales y suscritores del periódico obtendrán el descuento del 25 por 100.

De doce ejemplares en adelante se abona el 35 por 100. Se servirá á vuelta de correo.

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los librereros y correspondales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS